



Jardín Cercado



Profesor

TITO BRANDSMA,
O. Carm.

Siervo de Dios: P. TITO BRANDSMA, carmelita, martirizado por los nasis en 1942.

JARDIN CERCADO



CESCA: CENTRO DE ESPIRITUALIDAD CARMELITANA
Apartado, 15
CAUDETE (Albacete) España

CON PERMISO DE LOS SUPERIORES

Depósito Legal: AB -97 - 1978

Imprime Gráficas BAÑON. Caidos, 18

CAUDETE - (Albacete)

1.—Minibiografía del autor

Es llamado el «Héroe nacional de Holanda».

Está Incoado su Proceso y esperamos muy pronto venerarle en los altares.

Nació en Ugoklooster (Frisia), el 23 de febrero de 1881.

Fue ordenado Sacerdote el 17 de junio de 1905. Enviado a Roma para ampliar sus estudios, se doctoró en Filosofía en la Universidad Gregoriana el año 1909.

Como amante de la vida de oración, era un alma templada para el apostolado, que ejerció especialmente entre los intelectuales.

P. Tito era lo que suele llamarse «un intelectual nato», y como tal era considerado en toda Holanda y fuera de ella.

Fue profesor en la Universidad Católica de Nimega y después fue elegido Rector Magnífico de la misma.

Recorrió varias provincias religiosas de la Orden dando clases y conferencias preferentemente de espiritualidad, sobre cuya materia escribió preciosos artículos y libros.

Era, sobre todo, un gran periodista y asiduo colaborador en varios periódicos y revistas, ejerciendo un poderoso influjo en el campo ideológico y religioso entre muchos compañeros de la pluma.

Fue tan celoso propagador de la devoción a la Santísima Virgen que el P. B. Meljer en una voluminosa biografía lo ha apellidado como el «Heraldo de María».

En sus elocuentes conferencias y eruditos artículos o publicaciones, siempre tenía un recuerdo para la Santísima Virgen. No faltó quien le acusara de que era un defecto hacer esas digresiones. Al P. Tito le cayó en gracia la insinuación. Pero no se corrigió.

Le gustaba pintar a María a estilo Teresita de Lisieux, es decir, no tanto como «Señora llena de gracia», sino como «Nuestra Madre Amable» y «nuestro modelo más acabado».

Solía repetir: «Nuestra vocación especial es: Pensar en María y, a su imitación, llegar a ser theotokos, es decir, portadores de Dios, y ser sus heraldos».

Consideraba como un altísimo honor y señalado privilegio el llamarse «Hermano de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo», el llevar su Santo Escapulario, el predicar su nombre...

Así de fecunda era la vida del P. Tito cuando Holanda fue ocupada vilmente por las fuerzas de Hitler.

Pronto el ocupante nazi se apropió de la dirección de la prensa y radio nacionales, con el fin de embaucar a los ciudadanos holandeses de las ideas provenientes de su corrosiva doctrina.

Los Obispos de Holanda, viendo el peligro, creyeron necesaria una propaganda en contra, para que los católicos no claudicasen ni dejasen vigilar sus periódicos.

El P. Tito había recibido del Arzobispo Prímado de Holanda, Card. De Jong, la misión de indicar a los periodistas católicos la línea de conducta que habían de mantener durante la ocupación de la patria por las tropas alemanas.

Su apostolado extraordinario se dejó sentir en Holanda y llegó hasta Alemania: el P. Tito fue acusado de acción antinazisocialista. Y en la tarde del 19 de enero de 1942, por una orden de la autoridad alemana de ocupación, fue arrestado.

¿Cuál era su delito?

El celo en defender la fe.

Desde aquella tarde, el P. Tito comenzó su vía crucis, recorriendo varias cárceles y campos de concentración, hasta el calvario de Dachau, adonde llegó hacia la mitad de junio de 1942.

En las diversas cárceles nazistas hubo de padecer mucho. Para consuelo de sus Hermanos de Hábito, escribió algunos opúsculos, llenos de bellas descripciones y graciosas anécdotas:

1) «Mi celda»; 2) «Mi horario»; 3) «Interrogatorio»; 4) «En los campos de concentración».

En la celdilla de su prisión demostró una confianza asombrosa. Escribió: «Estoy aquí solo, es verdad, mas nunca Nuestro Señor ha estado tan cerca de mí». Y: «Quisiera dar a conocer en grito mi alegría, porque de nuevo me ha dejado hablarle del todo».

El 26 de julio de 1942, extenuado por la debilidad y por los inhumanos tratos que recibía de los guardias, el valiente testigo de la fe pasaba a contemplar «facie ad faciem» a Dios, con quien había procurado vivir continuamente aquí abajo.

Había un mártir más en la Iglesia de Dios.

El calendario de su vida había dejado caer 61 años. Años de fecunda vida interior y de fogoso apostolado.

A raíz de su muerte, se le tributaron elogios inusitados, a pesar de estar todavía bajo la tiranía nazi.

Recogemos unos cuantos:

El 6 de agosto, el Cardenal De Jong escribía a la familia y a los Carmelitas: «Fue un santo Religioso y un santo Sacerdote, un hombre de grandes merecimientos en muchos campos, un iniciador de muchas obras, siempre dispuesto a ayudarme, a quien debo profundo reconocimiento».

Dio su vida por la Iglesia Católica».

Al regresar a su Patria, la Reina Guillermina declaró con emoción: «Incluso encadenado, supo dar firme testimonio de la verdad... Que su ejemplo heroico nos sostenga».

Y cuando floreció la primavera de la resurrección, los supervivientes de Dachau, hermanos suyos en el dolor, acumularon impresionantes testimonios, de los que podemos citar algunos ejemplos:

El Vicario Mertens: «¡Vivía siempre en estrecha unión con Dios y, sin embargo, estaba muy cerca de nosotros!»

P. P. Connick, jesuita belga: «Murió realmente feliz, por haber sido tratado y flagelado como Cristo».

N. Bogaerts: «Todo el mundo le quería y la bondad resplandecía en él... Nos hizo mucho bien con su buen corazón».

El doctor Rutten, Rector Magnífico de la Universidad Católica de Nimega y sucesor en el Rectorado del P. Tito, dijo de él: «De este muerto salen rayos de luz».

La «Revista de Espiritualidad» añadía: «Goza el P. Tito de grande fama de virtudes en su Patria, donde se le recuerda con la veneración de un héroe nacional» (n.º 25, pág. 516).

Una historiadora carmelita dice de él: «Toda la vida de este carmelita se compendia en el amor, en aquel amor consumante y transformante de que nos habla Teresa del Niño Jesús. Después de su muerte no han cesado de acrecentarse sus irradiaciones espirituales» (ANNE ELISABETH STEINMANN: Carmel vivant, pp. 266-267).

2.—Esta edición de JARDIN CERCADO

En diciembre de 1949. el santo y sabio P. Bartolomé F. María Xiberta († 26-7-1967) dirigió un retiro a las Carmelitas contemplativas de Ostuni (Italia) y tomó como tema estos esquemas del P. Tito que el P. Xiberta tituló «El Jardín del Carmelo». Les dijo:

«Les quiero ofrecer ciertos pensamiento que un santo carmelita —el P. Tito Brandsma—, mártir de nuestros días, expresó en unos ejercicios espirituales, dados según el espíritu de nuestra Orden... Se trata de convertir nuestra alma en un jardín, en donde Nuestra Sma. Madre pueda encontrar sus complacencias» (P. BARTOLOME M.^a XIBERTA, O. CARM.: **Fragmentos doctrinales**. Barcelona, 1976, p. 370).

La traducción que ofrecemos no sabemos cómo ha llegado hasta nosotros. Está tomada de «Stella Carmeli», órgano del círculo cultural «Frei Tito Brandsma», de los clérigos carmelitas de Sao Paulo (Brasil), año 3 (julio 1957), n.º 4. pp. 3-12.

Damos las gracias más sinceras a los PP. Carmelitas Alfonso M.^a López y Enrique M.^a Esteve por haber revisado la traducción.

Quieran Jesús y la Madre Amable del Carmelo hagamos nuestras las palabras del Profeta: «Os Introduje en el Jardín del Carmelo para que comierais sus frutos y lo mejor de ella» (Jer 2, 7).

Cesca. Caudete, 2-2-1978, Presentación de Jesús y Purificación de María.

Rafael-María López-Melús, Carmelita

PRIMER ESQUEMA: EL JARDIN Y SUS FLORES

DIA PRIMERO.—«SE SECA LA CUMBRE DEL CARMELO»

(Am 1, 2).

Hacer de nuestro corazón un «Carmelo», un jardín, jardín de delicias.

Después de largo estío, parece un verdadero matorral en el que crecen malezas, espinos y abrojos.

«Se seca la cumbre del Carmelo» (Am 1, 2). Santa Teresa nos habla de cuatro modos de regar; pero antes es necesario arar, remover la tierra.

Hay en nuestra literatura mística (en la neerlandesa) dos bellos opúsculos: el de Beatriz y el de Enrique Mande, el cual, en realidad, copia lo que había escrito Beatriz.

Según ellos, el cultivo de nuestro jardín requiere:

PRIMERO.—Cavar y remover la tierra y sacar de ella las piedras y otros objetos extraños y duros y procurar que nunca jamás vuelvan a ella: Ira, terquedad, obstinación, odio, envidia, caprichos...

SEGUNDO.—Mantener alejadas definitivamente las malezas: Vanidad, frivolidad, vanagloria, gula, indolencia...

TERCERO.—Abonar. Recordar la vida pasada con sus faltas: Arrepentimiento y penitencia. Enterrar bien el abono, no dejándolo aparecer por fuera. «Cuando ayunes, perfúmate la cabeza» (Mat 6, 16). Nuestro amor a Dios debe encubrir nuestros pecados que ya fueron perdonados. Su recuerdo, empero, ha de quedar sin perturbarnos.

Fe, esperanza y caridad.

Bello pensamiento es este del gran místico flamenco: «Ante todo, me parece que debéis ser espiritualmente alegres; deben desagradaros vuestras faltas, pero no hasta el punto de angustiaros o molestaros».

El jardinero mira con confianza la tierra removida, arada y preparada, exuberante en fertilidad. Siembra luego confiadamente la semilla de plantas y flores. Y reza para que Dios las haga germinar y crecer.

CUARTO.—Es necesario tener alejado todo cuanto pueda ser dañino; abrir una profunda zanja alrededor, dice Enrique Mande, quien ve en ella la representación del abismo que ha de haber entre nuestros nuevos conceptos y los del mundo. Ya no nos situamos a nosotros mismos en el centro de todo, sino a Dios: «Nuestra patria es el cielo» (Flp 3, 20). Nos llamamos en otro mundo.

QUINTO.—Después de la zanja viene un muro muy alto. Nuestra fortaleza es Dios: Confianza en Dios; vivamos en su intimidad y nada nos perjudicará. Comenzar nueva vida con ánimo y valor.

SEXTO.—Una puerta. Prudencia: No admitirlo todo y a todos. Sólo Dios tiene que entrar, y, con El, todo cuanto sea de su divino agrado. «Mira que estoy a la puerta llamando» (Ap 3, 20). Es necesario dejarlo entrar inmediatamente y siempre.

Hay que tener los ojos abiertos, fijos en Dios. Hay que precaverse contra todo lo que no sea Dios o no venga de El.

Así preparado nuestro jardín, podemos arrojar la simiente seguros y confiados, con la convicción de que las plantas nacerán, crecerán, florecerán. Al Dueño del jardín, el celeste Jardinero, le gustará permanecer en él y sentirse en él a su gusto. «Aquí viviré, porque la deseo» (Sal 131, 14).

RESUMEN.—Cavar y cercar. Romper con el pasado y tomar medidas para el porvenir.

DIA SEGUNDO.—El GIRASOL: RECOGIMIENTO, PRESENCIA DE DIOS

Está muy pobre el jardín de nuestro corazón. Debemos aprovechar los días de retiro para plantar en él toda clase de flores, que es necesario seleccionar con cuidado. Tenemos ya preparado el jardín.

Comencemos por plantar en el fondo, junto a la cerca, unas plantas bien altas y esbeltas, con el fin de proteger el lado norte. Plantas altas y consistentes que tengan la virtud especial de mantener su faz vuelta hacia el sol, desde el oriente hasta el poniente, de modo que reciban siempre directamente su calor y su luz.

El resultado será que sus semillas maduren rápida y abundantemente. Esa flor es símbolo del mismo sol, que se nos refleja en su forma y en su color dorado.

He ahí la figura del recogimiento, la primera flor que debe abrirse en nuestro corazón. Debemos mantenerle vuelto hacia Dios, haciéndonos susceptibles a su luz y al calor de su amor.

En cualquier circunstancia en que la Providencia nos ponga, las diversas actividades y los cambios de ambiente jamás podrán ser motivo para dejar de estar vueltos hacia Dios, para no acoger en nosotros los rayos del sol de su amor. Mantengamos los ojos fijos en Dios. Veamos a Dios en todo. En compensación, El nos mirará siempre, dándonos abundantemente su gracia, y, por consiguiente, el sol de la gracia hará madurar rápida y copiosamente los frutos de las virtudes.

Hay un recogimiento activo y otro pasivo. En el activo, somos nosotros quienes procuramos a Dios; en el pasivo, es El quien se nos impone, de tal forma que no podemos dejar de verle. El fija nuestra mirada, determinando su dirección. Dios ordenó de tal modo la naturaleza y la gracia, que esas dos formas de recogimiento a veces se confunden. Ciertamente, Dios quiere que, orientados por el conocimiento que de El tenemos, le procuremos a un tiempo como Causa y como Fin de nuestra vida.

Fue El quien nos creó; pero también es El quien nos conserva la existencia de momento en momento, por la continuación de su acto creador. Mas, por otra parte, El hizo que este Objeto más elevado de nuestro conocimiento hablase a nuestras facultades de modo claro y convincente.

Si profundizamos con nuestra inteligencia, sin mantenernos en la superficie de las cosas, nos elevaremos de lo finito al Infinito y hallaremos placer en contemplarle. Si lo buscamos, lo encontraremos. Si fijamos nuestra mirada en este Objeto, nos cautivará infaliblemente. Y así hay un intercambio interrumpido entre el elemento pasivo y el activo, en el proceso de nuestro recogimiento en Dios, al que también podríamos llamar conversión hacia Dios.

Que nuestra conversión hacia Dios sea a un mismo tiempo recogimiento e introspección, corresponde admirablemente a la fórmula de San Agustín: Que podemos hallar a Dios en cualquier parte, pero que en ninguna lo encontraremos mejor que en nosotros mismos.

Lo mismo afirma Santa Teresa, al describir las glorias del castillo del alma, cuando dice cuán poca atención dispensamos al Huésped divino que ahí acogemos, y que debemos poner empeño en encontrarle y hablarle.

RESUMEN.—Como el girasol, vuelto siempre hacia Dios de modo activo y pasivo.

DÍA TERCERO.—LA ROSA: EL AMOR

La segunda planta que hay que plantar en nuestro jardín es el rosal, la planta de la flor por excelencia: la rosa. Nuestro jardín ha de ser una rosaleda. El símbolo del amor es la rosa encarnada. Las más bellas rosas se abren en el lugar más desierto y pedregoso del mundo: ¡En el Calvario, donde sangran las Llagas de Jesús!

La rosa simboliza el amor divino, que es el mayor amor: «Os he dado ejemplo» (Jn 13, 15). ¡Ah, si así pudiéramos amar! Nuestra vida por Jesús: «Lo que hicisteis al menor de los míos, a Mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). Vivir de amor no es fácil. Jesús fue coronado de espinas a fin de ser Rey de amor. Por amor a nosotros es por lo que esta rosa tiene espinas, y bien punzantes.

La rosa encarnada es también símbolo del amor ardiente. «Vine a traer fuego a la tierra, y ¿qué quiero si no que arda?» (Lc 12, 49). El rosal ha de ser podado. Tenemos que cortar el contacto con el mundo e incorporarnos a Cristo. Vivir, crecer y florecer en el tallo que es Cristo.

El rosal está en el jardín, pero sus ramas son toscas. Debemos vivir en El, y de El, y juzgarlo todo y a todos como El. Dios perdona a nuestro prójimo, y nosotros continuamos murmurando y criticando

La rosa es de aspecto agradable, un encanto, un primor. Así, nuestra presencia ha de ser un encanto, un placer, un consuelo. Nuestra presencia debe constituir verdadera fiesta. No de otra suerte, en fiesta nos hacen pensar las rosas.

Siempre serenos y alegres. Siempre serviciales.

Como Santa Teresita: La rosa deshojada. La rosa no puede quedar sonriendo siempre en el rosal. Tiene que deshojarse para tapizar el camino por donde ha de pasar el Señor. Así es como nosotros hemos de preparar el camino por donde Nuestro Señor ha de pasar a los corazones de los hombres.

«A El le toca crecer; a mí, menguar» (Jn 3, 30), decía San Juan Bautista. Renunciar a toda honra y gloria, sin alegar derechos, a fin de ganar las almas para Jesús. Amar hasta el extremo; hasta la locura: La locura de la Cruz.

Nuestra caridad debe hacerse proverbial. Que nadie nos gane en materia de caridad. Es la primera, la más sublime, la virtud por antonomasia divina entre todas las virtudes.

Plinio dirigió un saludo a un esclavo, motivando la admiración de los romanos que le acompañaban. Defendióse diciendo que ciertamente no podía dejarse vencer en buenos modos y afabilidad por un esclavo, si es que se consideraba superior a él. Grandes son a veces nuestras pretensiones. «El más grande de vosotros, será servidor vuestro» (Mt 23, 11). Y, en el amor, en la caridad, Jesús es nuestro modelo. Crezca, pues, y florezca en nuestro jardín la rosa del amor.

Hay un bello cuadro llamado «María, en el rosal». Si somos rosas, que María Santísima esté en medio de nosotros.

RESUMEN.—El amor es la virtud más sublime. La primera. Modelo: Jesús, en la Cruz, sangrando de mil heridas. Símbolo: La rosa encarnada, en medio de las espinas, al fin totalmente deshojada. ¡María, en el rosal!

DÍA CUARTO.—LA AZUCENA: LA PUREZA

La tercera flor en el jardín del Carmelo es una flor enteramente característica de este jardín: La azucena, símbolo de la pureza. La flor de la Virgen de las vírgenes que no podrá faltar en nuestro jardín del Carmelo, donde habrá de crecer rebosante de vida y belleza.

Ayer hablamos de las rosas encarnadas en el calvario. ¡El Rey de las vírgenes es, al mismo tiempo, el Rey de los mártires- ¡Cuántas vírgenes sufrieron su martirio por conservarse puras! Esposas de Cristo.

Acostumbramos considerar la pureza, en general, de un modo demasiado negativo. Evitar lo que la pueda manchar. ¿Fue en ese sentido como profesamos la pureza? Queríamos pertenecer a Nuestro Señor; no contentos con el amor terreno, deseábamos hacernos objeto de su amor.

La pureza tiene que estar enraizada en el amor, en el amor más genuino. Mas he aquí que su peor enemigo es el amor terreno, tanto el dedicado a los otros como el que dedicamos a nosotros mismos. Hermoso ejemplo el de Santa Liduvina, que no sólo deseaba amar únicamente a Dios, sino también ser amada únicamente por El. Renunció a todos sus encantos a fin de que jamás nadie la amase. San Juan de la Cruz: «Padecer y ser despreciado por Ti».

Debemos gustar de estar unidos en Nuestro Señor. Ver en el prójimo su imagen, y servirle en la persona de los otros. Esta debe ser la tendencia de nuestro amor. La pureza no es antisocial. Ennoblecce y santifica nuestro trato con los demás. Pero es menester reprimir sentimientos y pasiones, porque ofrecen peligro para nuestra pureza, ya que no somos insensibles.

La azucena se yergue alta sobre el follaje verde. Libre y noble.

Símbolo de cómo debemos elevarnos sobre las cosas terrenas, sin que ellas nos estorben. Radiantes de blancura. Como la inocencia irradiada por unos ojos infantiles, principalmente cuando el niño comulga, cuando reza con toda seriedad a Dios. «Si no cambiáis y os hacéis como los niños» (Mt 18, 3). Lo que hace que nos volvamos semejantes a los niños es la sincera adhesión a Dios. Pero, ¡con qué facilidad se oscurece este brillo!

La pasión al principio nos torna indecisos, dudosos, desviándonos gradualmente de Dios, volviéndonos hacia las criaturas, al placer y a las distracciones. Nos vuelve flojos. La azucena se va secando; las flores empiezan a inclinarse y se marchitan. Viene la tempestad. Pónese un apoyo a la planta para mejor sostenerla. Es la Cruz. Es la mortificación continua, que debe mantenernos fijos en Dios. San Pablo nos habla de ese estímulo de su carne y reza para verse libre de él; pero la respuesta es que la gracia de Dios le debe bastar (2 Cor 12, 7). (Este texto de San Pablo alude a una enfermedad o a la resistencia de los judíos a la fe cristiana; no al sentido que le da el Autor).

La vida es lucha, combate, pero combate al que no podemos sustraernos. Se hace necesario el dominio sobre sí mismo, la disciplina, la mortificación. Ejercitarse en pequeñas cosas: mortificar la vista y los oídos. Hacerlo espontáneamente, aun cuando no corramos peligro alguno, a fin de ser fuertes a la hora del peligro. Como la persona que aprende a nadar para poder salvarse, si algún día cayere al agua. O como aquel que aprende esgrima o lucha con el fin de poder defenderse cuando fuere necesario. Así debemos aprender a mortificar la vista y los oídos para no sucumbir en los peligros.

Sin embargo, es necesario ser moderados en la mortificación y someternos a dirección. Jamás llegaremos a vencer definitivamente al enemigo. Debemos, por lo mismo, aprender a luchar con él. Y no dejarnos vencer en la lucha. «Te basta con mi gracia» (2 Cor 12, 9). Volver a unirnos siempre de nuevo con Dios. Y huir de los peligros. Evitar personas que ejerzan atracción sobre nosotros, que nos perturben, o a las cuales nos sentimos atraídos. Pero hacerlo sin que ellas se den cuenta o sufran las consecuencias.

Es necesario proceder con mucha prudencia y cautela para no engañarnos. En tales horas es principalmente necesaria la dirección. Por regla general, no hacer cosas extraordinarias, que salten a la vista, sino elevarnos por encima de todo y unirnos a Dios. Si esto no bastare, tomar otras medidas justas con nuestro director. Pero esforzarnos siempre por volver a la práctica positiva de la virtud.

RESUMEN.—La pureza es virtud positiva. Mortificación y dominio de sí mismo sostienen esta flor. La Sagrada Comunión es el vino que produce vírgenes. «¡Que llega el Esposo, salid a recibirlo!» (Mt 25, 6).

DIA QUINTO.—EL CESPED: LA HUMILDAD

Falta algo en nuestro jardín. En el fondo están los girasoles vueltos hacia el sol, símbolo de nuestra conversión a Dios. Delante de ellos, los grandes rosales, con sus rosas encarnadas, símbolos de nuestro amor al sacrificio. Un gran plantel de azucenas simboliza nuestra pureza, que nos consagra enteramente a Dios.

Pero queda todavía mucho espacio erial, terreno baldío. Todavía no está en su punto el jardín de delicias. Queremos aumentar su belleza haciendo un cultivo de césped.

El césped en mística significa profunda humildad, raíz de todas las virtudes.

Pero exige mucho trabajo. Requiere una tierra limpia, suelta y allanada. Y nótese la costumbre de apacentar en él ovejas y corderos para mantener el césped corto. Así, el Cordero de Dios ha de pisar el terreno de nuestro corazón y mantener el césped siempre corto. Así el césped no puede alzarse demasiado. Las flores se respetan, pero el césped debe ser pisado.

Cuanto más corto, tanto más bello. Así no se transforma en heno, sino que se conserva siempre verde y mullido. En la muerte se oculta la vida. Es el símbolo de la humildad. Siempre pequeño, sumiso, pisado. No es religioso quien hace valer sus derechos. Sería contradicción. El símbolo del verdadero religioso es este césped. Frecuentemente pasan sobre él la guadaña o la máquina, a fin de que sean cortadas sus puntas, las cuales son inmediatamente recogidas y retiradas. El césped ha de estar siempre perfectamente igualado.

Ninguna flor puede interrumpir su llanura. Sólo es ahí tolerada una florecita sin desagrado de la vista, puesto que se confunde con él: Es la margarita a ras de tierra. Bella imagen de María, que se abre y se cierra para el Sol eterno simbolizando principalmente la humildad: «Aquí está la esclava del Señor» (Lc 1, 38). Esta alegoría da a nuestra humildad, representada por el césped, nuevo sentido, nuevo vigor. Ser humilde con María, en el sentido de sumisión a la voluntad divina.

La margarita es cortada y pisada juntamente con el césped. Se identifica con él. Y, sin embargo, vuelve siempre a levantar su cabecita con su flor linda y bella. Aseméjase mucho al girasol. Como él se abre al sol y se cierra a la hora del ocaso. Hermosa lección para disponernos a recibir al Huésped divino. El fundamento será la humildad, por ser la raíz de todas las virtudes.

En la humildad de María Santísima encontraremos nuestro modelo. Considerar a la Hija del Rey en su casita de Nazaret, escogida ya para ser Madre de Dios.

La humildad no rebaja, antes da la verdadera grandeza, reduciéndolo todo a sus verdaderas proporciones, en las que Dios es el Señor de todo, y en la sujeción a El se logra el ideal supremo de la más alta gloria. «Quien se humilla será ensalzado» (Lc 18, 14). «Los teníamos por humillados y he aquí que los cuentan entre los hijos de Dios» (Sab 5, 4-5).

RESUMEN.—Decir humildemente con María: He aquí la esclava del Señor. Esto será también para nosotros prenda de elección y predestinación.

DIA SEXTO.—LAS TREPADORAS: LA OBEDIENCIA

Con el intento de mejorar más aún el aspecto de nuestro jardín, hemos construido en el lado sur una torrecita, una pérgola cubierta de plantas y flores; son trepadoras, que se extienden por todos los lados, sobre todo la más bella de las trepadoras: Es la «Lathyris» = enredadera, de los más variados colores.

Las trepadoras son el símbolo de la obediencia. Esas plantas, por más bellas que sean, no se desarrollan independientemente, sino que necesitan de sostén y siguen la dirección que se les quiera dar. Si les viene a faltar la dirección, se arrastran por el suelo, exponiéndose, por lo mismo, a ser pisoteadas y perecer. Cuando van bien dirigidas, constituyen un relevante ornato del jardín. Cuanto más se elevan, tanto más sobresalen su belleza y encanto. Déjanse atar y dirigir como se quiere y crecen dondequiera que haya sol.

El mismo muro ya es símbolo de la reclusión del claustro, de la necesidad de mantenerse dentro de él. Ahí cada uno tiene su lugar señalado por la obediencia. ¿Qué habríamos de procurar fuera de él? ¿Cómo volver a tomar algo del sacrificio que hicimos cuando nos dedicamos íntegramente al servicio de Dios? Lo hicimos sin límites ni restricciones. ¡Cuántos, por desgracia, se olvidan de aquella su gran generosidad inicial!

¡Qué fuerza y qué vitalidad se ocultan en una Orden o Congregación en la que todos están prontos para todo! La unión hace la fuerza. ¡Qué orden tan perfecto hay en el universo! Todas las cosas sirven unas para otras. Una cosa existe en función de otra.

Después de un período de independencia y egoísmo, meramente individualista, se acentúa de nuevo la interdependencia mutua. En ella reside la gran fuerza de la vida religiosa: Todos al servicio del gran ideal que a todos une. Esta unión ha de resplandecer en las cosas aún más triviales y sencillas de la vida cotidiana.

El jardinero recorre todos los días el jardín para inspeccionar, examinar y atar sus plantas. Como en esto se muestra negligente, pronto desaparecerá la hermosura del jardín.

Hay flores destinadas a ser cortadas y colocadas en bucaros o floreros. Duran poco. Apparently, es lástima cortarlas; pero lo que el jardinero intenta es precisamente ostentar su belleza. Y cuando las corta, luego aparecen otras.

La obediencia puede a veces privarnos del honor resultante de nuestro trabajo, el cual quedará para otros. Ni siquiera se nos agradece el servicio prestado. Nadie lo ve ni lo aprecia. Así, en las trepadoras, muchas flores están ocultas, aunque a veces aparecen más tarde. Crecen, se desarrollan y florecen tan delicada como copiosamente, de suerte que las flores ni siquiera pueden ser contadas, pero la belleza está en el conjunto.

¿Cuál es el color, cuál la flor más bella? Nadie lo sabe, ni tampoco lo averigua nadie. Lo que constituye la belleza es principalmente el matiz, la combinación de varios colores. Eso precisamente es lo que sucede con el trabajo impuesto por la obediencia. Importante es el trabajo del portero y el del cocinero; es importante que la casa esté limpia y no lo es menos la enseñanza en las escuelas. ¿Cuál, entre todas las ocupaciones, es la más importante? Todo es necesario. «Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello» (Lc 23, 23).

Consideremos la alegoría del cuerpo humano aplicado a la Iglesia: «No todos profetas...» (1 Cor 12, 29). Lo mismo pasa en la vida religiosa. La comunidad es como un cuerpo místico: Cristo es la Cabeza, y nosotros sus miembros. Unos sustituyen a los otros; unos se compadecen de los otros; y mutuamente se completan. Cada cual está contento en el lugar que se le asigna.

Nadie más desgraciado que un religioso descontento. El placer del mundo no le es dado, y la felicidad del convento él mismo la rechaza. Primera virtud, condición de todas las demás: «Una virtud que engendra las demás virtudes, y, engendradas las guarda», decían nuestras anteriores Constituciones.

Las enredaderas o trepadoras, atadas y guiadas, nos hacen pensar en nuestro Señor Jesucristo crucificado, pendiente de tres clavos. Las flores que se abren en todas partes en la enredadera, indican las heridas esparcidas por todo el cuerpo llagado. «Obediente hasta la muerte y muerte de Cruz» (Flp 2, 8). He aquí nuestro modelo de obediencia. Las enredaderas de nuestro jardín son mero símbolo.

RESUMEN.—«El que quiera venirse conmigo que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Mt 16, 25). «Obedeciendo hasta la muerte» (Flp 2, 8).

DIA SEPTIMO.—LA ALAMEDA EN FORMA DE M: RENUNCIA Y POBREZA

Dos cosas faltan en nuestro jardín: En el césped plantamos árboles, y, a su sombra, hay lugar para una fuente. A la sombra placentera, junto a la fuente, nos sentamos para deleitarnos a la vista de plantas y flores, del cielo y de la luz; y, a horas determinadas, sacamos agua de la fuente para regar abundantemente las plantas que, de lo contrario, se secarían.

Hoy vamos a plantar una arboleda de álamos o alameda en forma de **M**, o mejor, encontraremos los álamos ya plantados por la mano de Dios, y, como la higuera del Evangelio, se nos presentan frondosos, cubiertos de hojas.

¿Qué significado tienen estos árboles en el jardín? En los simbolismos de la literatura mística encontramos árboles, con su tronco alto y liso, que en el otoño pierden las hojas y, durante todo el invierno está sin fronda, deshojado, como símbolo de la renuncia y de la pobreza. A fin de simbolizar mejor esta virtud, escogemos una alameda. Un delgado brote perfora la costra de la tierra y va creciendo, irguiéndose cada vez más. Así debemos desprendernos de la tierra y renunciar a todo lo que pueda detener nuestra marcha.

Verdad es que estamos en la tierra, en el mundo, pero «nuestra patria es el cielo» (Flp 3, 20). «Donde tengas tu tesoro, tendrás tu corazón» (Mt 6, 21). Ese tesoro no se encuentra en la tierra. El árbol apunta hacia lo alto, hacia el cielo. El árbol es bello por el follaje que ostenta, pero este mismo follaje es pasajero. Alternan las estaciones del año. Durante todo el invierno lo vemos dehojado, desnudo. Símbolo de la pobreza. Bajo muchos aspectos nada nos falta: «Quienes nada tenemos, todo lo poseemos» (2 Cor 6, 10). A veces sentimos los efectos de la pobreza. Nos vemos obligados a pedir. Y no siempre se nos da; se nos puede negar algo. Gustaríamos de tener esto o aquello; pero no podemos escoger: Todo nos es común.

«Lo dejamos todo» (Mt 19, 27). ¿Qué puede ser **TODO**? Tal vez bien poco; o acaso mucho. Pero, de todos modos, poco en comparación de aquello que se nos da en cambio.

«Tendréis el céntuplo» (Mt 19, 29). Y la vida eterna. ¡Qué generosidad en el día de la profesión! ¿Y ahora? ¿A qué nos apegamos a veces? A bagatelas, a fruslerías, a cosas insignificantes. Tal vez por ahora nada nos falte; pero la situación puede cambiar. Pueden venir días malos. Entre tanto no debemos preocuparnos.

¡Marta y María! «Marta, te afanas e inquietas por atender a muchas cosas» (Lc 10, 41). La envidia y el descontento, tan comunes en el mundo, a veces penetran también en el convento ¡Pobres mundanos! No son infelices aquellos a quienes algo les falta, pero sí lo son los descontentos.

Otra forma: Repugnancia ante ciertos trabajos que se han de hacer, pero que algunos consideran demasiado bajos para su dignidad. Quieren ser señores en la casa religiosa, aunque vestidos de pobres ¡Fariseos! Vestiduras de pobre en uno que no ama la pobreza. Un peligro muy actual es ciertamente el apego al confort, la afición a una serie de cosas totalmente superfluas. Procuramos encubrir ese «comodismo» so capa de higiene, de orden, de técnica. Pero, en el fondo no pasa de hedonismo y de apego al lujo.

El árbol que, a su vez, es símbolo del leño de la Cruz, se nos muestra desnudo, despojado del follaje. «Echaron a suerte mi túnica» (Jn 19, 24). Nada le queda. Debemos tener verdadero entusiasmo por la pobreza. ¿Quién como San Francisco la escoge por esposa? La puede conformar con la mayor sencillez.

Hacemos voto de pobreza y queremos ser «señores», más de lo que conviene. Somos capaces de escandalizar a los mismos mundanos. Y, además, haciéndonos ridículos ante Nuestro Señor, que aceptó nuestro voto de pobreza.

Pongámonos con María Santísima bajo el árbol de la Cruz. Ved cómo se hizo pobre por nosotros y cómo sacrifica por nosotros su mayor tesoro. María fue pobre porque Jesús quería Madre pobre. José fue pobre porque Jesús quería pasar por el hijo del Carpintero. Y nosotros, ¡a buscar los ricos, a rendirles honores! Es justo que reconozcamos las clases de la sociedad, pero en nuestro corazón el pobre no debe valer menos que el rico. Los pobres pertenecen a nuestra especie, pero nosotros no queremos ser de su número. Mirad el árbol en su desnudez. Ved cómo su fuerza vital es toda interna. Así debemos considerar a los pobres: Hijos predilectos de Dios.

Aprendamos del árbol las vicisitudes de la vida, la caducidad de las cosas terrenas. Y ved cómo, a su tiempo, Dios vuelve a revestirlos de hermosura y gloria. Más confianza. Nuestro Señor nos lo dice expresamente en el Evangelio y el ejemplo de los Santos nos lo confirma admirablemente: No debemos preocuparnos demasiado por las cosas terrenas; debemos renunciar a todo y confiar sólo en El. Y, a pesar de todo, vivimos preocupados. ¡Marta, Marta!

RESUMEN.—Pobreza y desprendimiento, virtudes indispensables en un religioso. Sin esas virtudes, no pasa de fariseo. Y el árbol deshojado es su símbolo elocuente.

DIA OCTAVO.—AGUA VIVA: LA EUCARISTIA.

En el último día de los Tabernáculos, clamaba Jesús en el templo: «Quien tenga sed, que se acerque a mí... beba... de sus entrañas manarán ríos de agua viva» (Jn 7, 37). En el jardín de nuestro corazón no puede faltar tal agua viva. De lo contrario, todo se secaría. Tal agua viva es el mismo Jesús.

Todos los días hemos de pedirle que no nos niegue su agua viva. El nos la dará en la sagrada Comunión, a la que diariamente nos convida. La sagrada Eucaristía es la fuente que colocamos en el centro de nuestro jardín místico, no sólo para gozar siempre de la presencia de Jesús, sino también para poder sacar siempre el agua viva con la que tenemos que regar las plantas y las flores.

Jesús podría sustentarnos la vida de otro modo; pero de hecho, la sagrada Eucaristía es la prenda de que El nos sustenta: «Si no coméis la Carne y no bebéis la Sangre del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros» (Jn 6, 53). ¡Qué felicidad poder recibir diariamente la sagrada Comunión!. Pero ¿sacamos realmente de ella la fuerza que ha de sustentarnos, el agua que nos haría vivir la vida perfecta? ¿Están verdaderamente vivas las plantas de nuestro jardín? ¿Florecen? ¿Todas las flores posibles? ¿Y por qué no?

Nuestras comuniones podrían ser más fructuosas si pensáramos más en nuestro jardín. Ya en el día siguiente podríamos decir a nuestro Señor cómo crecen y florecen mejor. Es que nos contentamos con muy poco. Nos basta que Jesús esté con nosotros. Pero su presencia en nosotros debe producir frutos, cultivar virtudes. Es el Pan de los elegidos y el Vino que engendra vírgenes. ¿Qué efectos produce en nosotros? Sí; el Sacramento obra «ex opere operato», o sea, por sí mismo; pero las disposiciones son de muy grande valor para cosechar los frutos.

Durante ocho días hemos estado trabajando en nuestro jardín. Encuéntrase en él la planta más necesarias. Vamos a comulgar con intención de darles el mejor cultivo.

Con el divino Jardinero y con María Santísima, Reina de las flores, visitemos todos los días nuestro Jardín. María Santísima es la fuente del Agua Viva. Por su mediación recibimos la gracia de Dios. Fue Ella quien recogió el primero y mejor fruto de la morada del Huésped divino.

¡Ojalá pudiéramos recibir la sagrada Comunión como Ella en Nazaret recibió en sí al Hijo de Dios! ¡Ojalá pudiéramos hacer florecer en nosotros las virtudes que en Ella florecieron por la gracia de Dios!

RESUMEN.—La sagrada Comunión es la fuente que nos da el agua viva, con la que tenemos que regar el jardín de nuestro corazón. Recibir a Jesús como María Santísima lo recibió. ¡Mirémonos muchas veces en este sublime modelo; imitemos las virtudes que debemos practicar como buenos religiosos y buenos hijos de María!

SEGUNDO ESQUEMA: LOS SANTOS DEL CARMELO

1.—EL SANTO PROFETA ELIAS: VIVIR EN LA PRESENCIA DE DIOS.

«¡Vive Dios en cuya presencia estoy!» (1 Re 17, 1). Consciente de su elección y de su sublime misión. Fe en Dios. El espera en el Carmelo, la respuesta de Dios a través del fuego. «Si soy hombre de Dios...» (2 Re 1, 20). Sin temor se presenta delante del rey Acab.

Es guiado por Dios. En El depositaba su confianza y a El se entregaba enteramente. Hombre de oración y meditación, procura la gloria de Dios en todo.

Vivir en la esperanza de Dios requiere espíritu de fe. Dios se le manifestó en una suave brisa. Ver a Dios en todo: En todas las cosas creadas. Buscarle y amarle con la voluntad.

Alegría en la presencia de Dios. Santa Teresa: Ovejas junto al Pastor. Pedir el auxilio de Dios y confiar en El.

Agradecerle sus continuos beneficios.

La sagrada Comunión, prenda de nuestra eterna unión con Dios.

2.—SAN BERTOLDO Y LOS SANTOS EREMITAS DEL CARMELO: AMOR A LA SOLEDAD.

Cruzados que partían para la Tierra Santa animados de ideales sublimes. Soldados de Dios y propagadores de su Reino.

Sentíanse atraídos a los Santos Lugares, con el fin de gozar de mayor intimidad con Dios.

En las cuevas del Carmelo se hicieron eremitas y pasaban el tiempo en oración y penitencia. Muchos de ellos preferían morir antes que abandonar los Santos Lugares.

En 1291 fueron asesinados todos los que aún quedaban en el Carmelo.

Vayamos en espíritu al monte sagrado. Revistámonos del espíritu de aquellos eremitas.

Santa María Magdalena de Pazzis besaba las paredes de su convento. «¡Oh feliz soledad, oh sola felicidad!», decía San Bernardo.

«Elías subió a la cima del Carmelo» (1 Re 18, 42). Después de haber perdido de vista a Dios en el torbellino del mundo, es necesario buscarlo en la soledad de la celda, del claustro. María y José fueron a encontrar a Jesús en el templo.

El recogimiento es necesario también fuera del claustro.

Debemos edificar una celda dentro de nuestro corazón. Y en ella conversar con nuestro Señor.

Llevar vida verdaderamente interior. «Solus cum solo Deo», «Solo con sólo Dios».

3.—**SAN SIMON STOCK: DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN.**

Gran General de la Orden, elegido para implantarla en Europa, en Occidente. Puede ser considerado como nuestro tercer fundador.

Era particularmente devoto de María según la tradición de la Orden. «Hermanos de la Virgen».

Acude a María en circunstancias especialmente difíciles. Aparición de la Santísima Virgen.

El Santo Escapulario, distintivo y prenda de hermandad o confraternidad con María Santísima. De ahí procede la propagación y el florecimiento de la Orden. «Ave Stella Matutina», «Flos Carmeli».

Gratitud a María por los muchos beneficios. Gratitude demostrada en las obras. Venerar a María e imitarla. Vivir su vida. Es la gloria del Carmelo, Orden siempre conocida como eminentemente mariana. ¡Veneranda tradición!

Releer las Constituciones en lo concerniente a la Santísima Virgen.

4.—**SAN PEDRO TOMAS: CELO EN EL SERVICIO DE DIOS.**

Una de las glorias de la Orden, cuya canonización y culto la Orden deseaba ardientemente.

Gran sabio. Uno de los fundadores de la Facultad Teológica de la Universidad de Bolonia. Estimado por su saber, virtud y elocuencia, en la Corte Pontificia de Aviñón, encargado por el Papa de importantes funciones, Obispo, Patriarca de Constantinopla, Legado Pontificio en el Oriente.

Siempre en la vanguardia, sin temor a los peligros y siempre religioso.

Hombre de oración, devoto de María Santísima. Llevaba el nombre de María grabado en su corazón. En las dificultades confiaba en la protección de María.

Aparición de la Santísima Virgen relatada por Juan de Hildesheim.

Aprender de él a trabajar y a rezar. Trabajar mucho, pero ante todo ser hombre de oración, condición esencial para un trabajo fecundo.

Otro ejemplo de trabajo y oración: San Andrés Corsini.

Palabras de la Bienaventurada María de los Angeles: «Tenemos toda la eternidad para descansar».

5.—**BEATO JUAN SORETH: POBREZA Y SENCILLEZ.**

Gran Reformador de la Orden, Fundador de las Carmelitas en Francia.

Extremadamente sencillo, a pesar de ser muy estimado. Rehuía todos los honores. No quiso ser cardenal y supo hacer que el Papa estuviera de acuerdo.

Condenaba con vehemencia el lujo y la riqueza en los conventos.

Salvó al Santísimo Sacramento de las manos de los profanadores.

Defensor impertérrito del Obispo de Liege. Visitador enérgico.

Oír sus exhortaciones a la sencillez religiosa y procurar imitar su ejemplo de amor a la pobreza y a la sencillez.

6.—**SANTA TERESA DE JESUS: AMOR A LA OBSERVANCIA RELIGIOSA.**

Llamada por Dios para restaurar la disciplina regular. Extremadamente cuidadosa en observar todas las prescripciones.

Reformadora de la disciplina, no solamente entre las monjas, sino también entre los propios Padres. ¡Ojalá pueda restaurar también en nosotros ese amor a la disciplina regular!

Reforma de Rennes: Más estricta observancia. Juan de San Sansón y Miguel de San Agustín.

Perseverancia de Terésa en el celo por restauración de la disciplina. Era la primera en dar ejemplo. Garantizar el florecimiento de la Orden por la diligencia de cada uno en la observancia de la Regla. Antes morir que transgredir voluntariamente una prescripción.

Santa Teresa hizo el voto de hacer siempre lo más perfecto. Su fuente de energía era la sagrada Comunión y la vida de intimidad con Dios.

Depositaba las llaves del monasterio en las manos de María que consideraba como Priora efectiva. En el lugar de la Priora ponía la imagen de la Santísima Virgen. San José era su Patrono.

Su fidelidad y su puntualidad fueron la preparación próxima para las grandes gracias místicas que recibió.

Ser fieles en las cosas pequeñas.

Comparar Santa Teresa y Santa Teresita. El Camino de la Infancia Espiritual.

7.—SAN JUAN DE LA CRUZ: AMOR AL SACRIFICIO.

«Pati et contemni pro te», «Padecer y ser despreciado por Ti». Vivir sólo para Dios, sin preocuparse por los juicios de los hombres.

San Juan de la Cruz fue despreciado por sus propios hermanos:

Los Carmelitas Calzados lo consideraban como innovador y perturbador de la Orden y lo encerraron en una celda a fin de neutralizar su acción.

Los Descalzos lo acusaban de celo incómodo y precipitado y resolvieron enviarle a alguna misión, con el fin de privarle de su participación en el gobierno.

Según su deseo, murió en un convento donde era desconocido y cuyo Prior se mostró poco satisfecho de él como huésped enfermo, que era estorbo para la comunidad y ocasionaba gastos.

Lo mantuvieron alejado de las monjas, que tanto deseo tenían de él como Confesor. Y todo esto fue para él el camino para unirse cada vez más con Dios y de mayor perfección.

Hay una oposición radical entre Dios y el mundo; y esta contradicción se manifiesta también en la vida religiosa y en los conventos. Quien ama la justicia, ha de prepararse para vivir perseguido y despreciado.

Debemos luchar por el ideal de no sólo soportarlo todo pacientemente, sino hasta desear la persecución y el desprecio. Pero muchas veces sucede lo contrario.

San Juan de la Cruz es para nosotros ejemplo insustituible. Su vida es una lección clara y elocuente.

8.—SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZIS: AMOR A DIOS.

Virtud teologal infusa, pero que puede desarrollarse siempre en nosotros.

Ya de niña esta Santa tenía y expresaba grande amor a Dios, que la hacía hablar constantemente de El. Enseñaba a las otras niñas a amar a su Dios.

Entró en el Carmelo para poder comulgar frecuentemente. Sus éxtasis eran una continua contemplación de Dios, especialmente de la Santísima Trinidad, de la Esencia divina.

Este precisamente será el objeto de nuestra felicidad en el cielo, de la cual debemos sentir la anticipación en esta tierra. Debemos gustar de leer mucho de Dios, así como de oír hablar de El. Debe ser Dios objeto frecuente de nuestras meditaciones y contemplaciones. Hablar de Dios frecuentemente. Que nuestra boca hable de la abundancia de nuestro corazón (cf Mt 12, 34). Nuestras conversaciones deben ser la prueba de que amamos mucho a Dios, de que nuestro amor a Dios es verdadero.

Excitar en los otros este amor. Fe, Esperanza y Caridad; pero la Caridad es la mayor de las tres (1 Cor 13, 13). La Caridad permanece. Santa María Magdalena de Pazzis ardía en amor. Tocaba las campanas del convento invitando a las demás hermanas a amar a Dios, quejándose de que Dios no es bastante amado.

También a nosotros ha de dolernos el que Dios sea tan olvidado. Avivar en nosotros el amor al Sagrado Corazón de Jesús y a su Santa Faz; a la Santísima Trinidad y al Espíritu Santo.

Los Santos, como también María Santísima, deben ser para nosotros intermediarios que nos lleven a Dios y a la contemplación divina.

CONTENIDO

— Mini-biografía del autor	3
— Esta edición de «Jardín cercado»	6
PRIMER ESQUEMA: EL JARDIN Y SUS FLORES	
1.—Día primero: Cuidado del jardín	7
2.—Día segundo: El GIRASOL: Recogimiento, presencia de Dios	8
3.—Día tercero: La ROSA: El amor	10
4.—Día cuarto: La AZUCENA: La pureza	11
5.—Día quinto: El CESPED: La humildad	13
6.—Día sexto: Las TREPADORAS: La obediencia ...	15
7.—Día séptimo: La ALAMEDA en forma de M: Renuncia y pobreza	17
8.—Día octavo: AGUA VIVA: La Eucaristía	19
SEGUNDO ESQUEMA: LOS SANTOS DEL CARMELO	
1.—El Santo PROFETA ELIAS: Vivir en la presencia de Dios	21
2.—San BERTOLDO y los Santos EREMITAS del Carmelo: Amor a la soledad	21
3.—San SIMON STOCK: Devoción a la Santísima Virgen	22
4.—San PEDRO TOMAS: Celo en el servicio de Dios	22
5.—Beato JUAN SORETH: Pobreza y sencillez ...	23
6.—Santa TERESA DE JESUS: Amor a la observancia religiosa	23
7.—San JUAN DE LA CRUZ: Amor al sacrificio ...	24
8.—Santa MARIA MAGDALENA DE PAZZIS: Amor a Dios	25